

industriosa y pintoresca villa, en medio de los gritos de «Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines», lanzados por la plebe.

Allende, temiendo que la multitud se arrojase sobre los presos españoles que llevaba de Dolores, dispuso que se les condujese al colegio de San Francisco de Sales, que se hallaba desocupado por ser la época de vacaciones. Puestos allí, encargó su custodia á D. Juan Aldama, y en seguida se dirigió con el cura Hidalgo á las Casas Consistoriales, donde se habian propuesto defenderse los españoles avecindados en la poblacion. Una fuerza respetable y un numeroso gentío del bajo pueblo les seguia. Al llegar al edificio se presentaron á la puerta del zaguan, el cura D. Francisco Uruga, el presbítero D. Manuel Elguera y otros eclesiásticos, suplicando que, si se juzgaba indispensable la aprehension de los españoles, se hiciera al menos sin derramamiento de sangre y con el mayor orden, Allende que, como militar, llevaba la voz en esos momentos, les contestó que estaba resuelto á obligarles á rendirse; pero que no haria uso de las armas sino en el caso en que se obstinaran en no darse presos: que en esta virtud les hicieran saber las ventajas que les resultarian de entregarse sin oposicion, siendo de temerse que si se resistian, pereciesen á manos de la multitud indignada, á pesar de su buena disposicion para favorecerles.

Entonces se tocó á la puerta varias veces, y viendo que nadie respondia, se empujó el postigo con extraordinaria fuerza quedando así libre el paso. Allende penetró en el edificio con fuerza suficiente, subió á los corredores, y viéndolos sin gente, se dirigió á la sala de cabildo, donde

se habian encerrado para resistir. Nuevas contestaciones se entablaron en ese momento entre los asaltantes y los asaltados. Los españoles pidieron que se presentase el coronel Canal como autoridad que representaba al rey. Allende, exaltándose con la proposicion hecha contestó que esa autoridad habia pasado, y que no quedaba mas que la de la nacion, en cuyo nombre les intimaba que se rindieran. El cura párroco, D. Francisco Uruga, deseando evitar la efusion de sangre, envió un recado al coronel Canal, suplicándole que se presentase, por ser el único medio que habia para evitar desgracias. Obsequiado el deseo, los españoles abrieron la puerta, y Allende entró en la sala con semblante afable aunque serio. Entonces dirigiéndoles la palabra, les dijo: «Ni yo, ni mis compañeros en la empresa, tratamos de vengar agravio alguno personal, sino de sustraernos de la dominacion extranjera, para lo que es absolutamente necesario aprehender á ustedes, sin que nadie sea capaz de hacerme variar de esta firme resolucion; pero al mismo tiempo les aseguro, que mientras yo viva, no sufrirán otras molestias que las del mero arresto; pues en cuanto á sus personas, familias é intereses, yo me encargo de su seguridad y conservacion.» El coronel Canal les manifestó, que con motivo de haber recibido D. Francisco Camuñez en aquella mañana el mando del regimiento, habia cesado ya su representacion; pero conocido como era de toda la poblacion el carácter generoso de Allende, debian confiar en sus ofrecimientos. Los españoles, en vista de la garantía que se les daba y de la conviccion de que era inútil toda resistencia, entregaron las armas y quedaron prisioneros. En el mo-

mento que dejaron su actitud hostil, se dió orden de que fuesen conducidos al mismo colegio de San Francisco de Sales, en que se hallaban los españoles que se habian llevado presos de Dolores. Sin embargo, se retardó un momento en dar cumplimiento á la orden, pues habiéndosele avisado á Allende que D. Vicente Gelati se acercaba con diez y seis dragones del pié veterano, salió inmediatamente á su encuentro. Gelati, que ignoraba lo que acababa de pasar, intimó á Allende á que se diese por preso en nombre del rey. La contestacion fué intimarle á su vez que se rindiese en nombre de la nacion, y como los dragones que le acompañaban se pasaron al bando de Allende, se le quitó á Gelati la pistola que llevaba en la mano, y se le llevó preso á la sala de cabildo, donde estaban aun los españoles, y todos juntos fueron conducidos al colegio de San Francisco de Sales, como se tenia dispuesto.

Si el primer acto de Allende se dirigió á procurar la rendicion de los europeos, fué porque sabia que era la única fuerza que podia oponerse á sus designios. Tenia certeza de que el regimiento de la Reina le era adicto, y que se pondria á sus órdenes en el momento que se aproximase al cuartel en que estaba. Mientras así pensaba, el mayor del regimiento, D. Francisco Camuñez, español, mandó formar la fuerza, que se componia de dos compañías, y trató de despertar su entusiasmo contra los pronunciados. Les dijo que los rebeldes que acababan de entrar en la poblacion, eran partidarios de los franceses, y que por este motivo, así como por salvar á la villa de conflictos y desórdenes, era preciso que salieran á batir-

los, lo que les ordenaba en nombre del rey. Los soldados guardaron silencio; pero los capitanes D. José de los Llanos y D. Juan Cruces que estaban de acuerdo con Allende, victorearon á este y á la independencia, y redujeron á prision á Camuñez en el mismo cuartel. Adheridos á la causa de Hidalgo, marcharon á poner en conocimiento de Allende lo acontecido, y Camuñez fué trasladado poco despues al sitio en que estaban presos los demás españoles.

1810. Setiembre. Mientras el cura Hidalgo y Allende se habian ocupado en los hechos que llevo referidos, el populacho, aprovechándose de las circunstancias en que las autoridades del gobierno vireinal estaban escondidas y en que no se habian nombrado todavía nuevas, se entregó á desórdenes lamentables. El primer paso de aquellas turbas desenfrenadas, fué dirigirse á la cárcel y abrir las puertas de ella á los que por sus delitos y crímenes se hallaban encerrados. Sabian que el cura Hidalgo habia puesto en libertad á los presos de la cárcel de Dolores, y sin tener presente que el motivo de la prision de ellos era solo leves faltas de policia, ni fijarse en que lo habia hecho apremiado por la imperiosa necesidad de la propia conservacion, se creyeron facultados para obrar de la manera que lo hicieron. Por eso los que se ponen á la cabeza de un movimiento digno como era el de la independencia, deben evitar el mas leve acto que pueda dar origen á las masas ignorantes á abusos de fatales consecuencias. El pueblo no ve mas que los hechos, no analiza las causas, ni hace diferencia entre las faltas, delitos y crímenes. El acto de Hidalgo en el pueblo de

Dolores, no tuvo en su esencia nada de reprehensible; pero fué de funestas consecuencias para la misma causa de la independencia y de la sociedad, cuando la multitud, sin imitarle en la reflexion política, imitó el hecho material.

La cárcel de San Miguel el Grande contaba entre sus presos con hombres verdaderamente criminales. Al verse libres por la plebe, se unieron á ella, y derramándose como un desbordado torrente por las calles, se lanzaron al robo y al pillaje, al grito de «mueran los gachupines,» y tratando de saquear sus casas. Las familias de los presos españoles, que ignoraban la suerte que éstos habian corrido, sentian oprimido su corazon con la idea del peligro que les amenazaba y con el temor de que en sus casas penetrase la plebe á saquearlas y destruirlas. En medio del desórden y de la confusion, de los gritos y de los golpes dados á las puertas de los edificios pertenecientes á españoles, apareció en los balcones de la casa de Don Francisco de Landeta, que se habia quedado sola y cerrada, un hombre con una talega de duros que, gritando «¡Viva la América y mueran los gachupines!» arrojaba á la multitud monedas de plata, añadiendo: «Coged, coged, que todo esto es nuestro.» D. Lúcas Alaman atribuye este hecho al mismo cura Hidalgo; pero en esto sufrió un error la persona que le refirió la escena. El párroco de Dolores se hallaba en aquellos instantes ocupado en la aprehension de los españoles, sin separarse de Allende que se habia encargado de obligarles á rendirse. Vencer á la única fuerza que se oponia á que se apoderase de la poblacion, era urgentísimo, de suma importancia. La

resistencia de ella podia dar lugar á que llegasen auxilios del gobierno enviados de Celaya ó de Guanajuato, y el empeño de los jefes de la revolucion era vencer el obstáculo que se les presentaba, antes de que tomase creces. Era pues imposible que el cura Hidalgo que se hallaba interesado, por su propia existencia, en obligar á los españoles á deponer su actitud hostil, hubiera desatendido el asunto mas importante que para él existia, para ocuparse de asaltar casas que se habian cerrado fuertemente, apoderándose del dinero que en ellas habia, y salir al balcon para arrojarlo al pueblo en medio de la oscuridad de la noche, no á puñados, «sino en talegas de duros» (1). que ni el cura, en su avanzada edad hubiera tenido fuerza para levantarlas y arrojarlas, ni cabeza que hubiese resistido el golpe de tres arrobas, que es lo que pesa cada talega de mil duros (2). Si el objeto de Hidalgo hubiera sido que la plebe se apoderase de los bienes de los españoles, mas sencillo le hubiera sido decirle las mismas palabras que se le han atribuido, añadiendo que le daba libertad para saquear sus casas. La inverosimilitud se hace mas notable, cuando se considera que el jefe del movimiento necesitaba de grandes sumas para pagar á la gente que le seguia, y que en vez de arrojarlas al pueblo, las hubiera repartido entre sus oficiales y soldados.

Hecha esta observacion, que he creido justa para que no recaiga sobre ningun individuo mas responsabilidad

(1) «Tiraba al pueblo las talegas de pesos gritando, etc.» (Alaman, Hist. de Méx.

(2) En Méjico cada talega contiene mil duros.

que la que realmente le pertenece por sus actos personales, sigamos presentando el cuadro de los acontecimientos verificados en San Miguel el Grande.

La multitud que se había detenido á las voces que daba el hombre que desde el balcon arrojaba puñados de duros á la calle, que todos se afanaban por coger, se lanzó sobre las puertas de la tienda del mismo Landeta que estaba en los bajos de la casa en que habitaba, y abriéndolas á fuerza de golpes, penetró en la tienda saqueándola completamente.

Mientras una parte de la plebe se ocupaba en apoderarse de cuanto existia en el edificio perteneciente á Landeta, otra verificaba igual cosa en los almacenes y casas de los demás españoles. En la tienda perteneciente á Don Pedro Lámbarri, se afanaban por penetrar un curandero llamado Benito Aguiñaga y Rosalio Yañez, tocinero (1). En aquellos momentos pasaban por la calle el cura Hidalgo y Allende que volvian del colegio de San Francisco de Sales, donde acababan de dejar á los presos españoles. Al ver el segundo el desórden que reinaba, le dijo á Hidalgo con enojo: «todo lo andado se pierde con este desórden, pues lejos de coadyuvar á la empresa, la desconceptúa; pero juro por Dios que ni ahora ni nunca lo he de permitir.» Al pronunciar estas palabras, sacó la espada, y acercándose al tocinero y curandero, les obligó á alejarse precipitadamente. Con la misma justa indignacion se arrojó sobre la reunion tumultuaria que había

(1) Liceaga: «Adiciones y Rectificaciones» á la Hist. de Méx. de D. Lucas Alaman.

asaltado la tienda y habitacion de Landeta, tratando de disolverla á cintarazos; pero el solo esfuerzo personal no podia ser remedio eficaz para poner término al desórden. El populacho se había derramado por todas las calles y barrios, y para contener sus desmanes hubiera sido preciso ocurrir, no á medidas de rigor, sino fáciles, preventivas, que estaban á la mano de cualquiera de los dos jefes principales. Hubiera bastado destacar algunas patrullas de los soldados del regimiento de la Reina para que hubiese cesado todo tumulto y robo. Pero se descuidó esa providencia sencilla, y el saqueo de las casas de los españoles y la congoja de sus afligidas familias siguió en aquella noche y en la siguiente mañana.

Sensible es que un movimiento que tenia el fin grandioso y noble de la independencia de la patria, se viese oscurecido por los excesos de una plebe desenfrenada, temible en todos los países cuando encuentra libre el paso al torrente de sus pasiones.

Los partidarios de la revolucion, aunque interiormente lamentaban esos excesos, los revestian de un colorido que ocultase á la sociedad lo que tenian de repugnante, para no perjudicar la causa verdaderamente noble en su esencia. Los adictos al gobierno, por el contrario, recargaban de negro color el cuadro de esas mismas escenas, procurando hacer detestable un movimiento que se dirigia á operar un cambio en la manera de ser de la nacion. Terminada la lucha y constituido el país en potencia independiente y soberana, los escritores, queriendo ser consecuentes con lo que habían sostenido durante la lucha, continuaron pintando los hechos pasados en los

mismos términos, con la misma infidelidad; pero ya no en un mismo territorio, sino en Méjico unos, y en su antigua metrópoli los otros. Los primeros en sus discursos pronunciados en cada aniversario del día en que se dió el grito de independencia, en los periódicos y en sus artículos históricos, solo presentaban la grandeza de la idea de emancipacion; el justo mérito á la gratitud de la patria hácia los hombres que la concibieron y alcanzaron la muerte luchando por ella, sin tocar en lo mas leve, ningun pasaje que pudiera empañar el esplendor del pensamiento. Los segundos, desentendiéndose de la nobleza de la idea, se detenian únicamente á presentar las escenas en que el populacho se entregó á sus mas reprensibles pasiones, tratando por estas, de hacer desaparecer la nobleza del sentimiento patrio que promovió la revolucion. Abandonada á poco en España la discusion sobre los sucesos de América, llegó á olvidarse en la Península cuanto hacia relacion á la lucha que dividió los intereses de ambos pueblos hermanos. Pero en Méjico los hombres públicos así como los escritores, se veian precisados bajo el punto de vista político, á mantener viva la idea de independencia, y á enaltecer á los caudillos que iniciaron el pensamiento y fueron los primeros en luchar por la emancipacion del país de su metrópoli. Esta precision reconocia una causa poderosa. El gobierno vireinal tenia aun numerosos adictos en todas las clases de la sociedad; se hacian comparaciones entre la tranquilidad y abundancia del pasado, con las agitaciones y escaseces propias de todos los países que ensayan los diversos sistemas políticos para abrazar el que juzgan mas adecuado á sus

costumbres y carácter; temian que la España tratase de recobrar la joya preciada que acababa de desprenderse de la corona de sus reyes; y para desarraigar por completo esas ideas de la sociedad, y hacer odioso el pasado y de inestimable precio el cambio operado, pintaron la dominacion española como el tipo de la tiranía, del despotismo, de la inhumanidad y del fanatismo. Los trescientos años de la administracion española se pintaron con todos los horrores imaginables; envueltos en la ignorancia á los pueblos; oprimidos bajo el peso de ignominiosas cadenas; vigilados por un ejército de espías que observaban hasta los mas ligeros movimientos de cada individuo; que interpretaban la mas inocente de sus miradas, y recogian todas sus palabras para ir las á delatar ante el tribunal de la inquisicion ó de la audiencia, que inexorables descargaban horribles castigos sobre las faltas mas leves. Al lado de este oscuro cuadro recargado de sombras aun mas oscuras que el fondo del corazon de sus personajes, se presentaba á la benéfica libertad, rompiendo los hierros de la esclavitud, y convirtiendo en libres ciudadanos á los que habian carecido aun del derecho de quejarse. Esta pintura, cuya inexactitud era disimulable en los primeros años de independencia por el objeto político que sus autores llevaban para desarraigar toda idea contraria á la emancipacion alcanzada, fué bien pronto copiada por otros mil individuos que, no habiendo presenciado los hechos, la juzgaron exacta, resultando de la multiplicidad de las copias, la conviccion de su exactitud.

Justo y de útil enseñanza hubiera sido para el pueblo que cuando desapareció, con el transcurso de los años,